ABC
La II Guerra Mundial
94

# La rendición japonesa

# El haraquiri del Imperio nipón

Marines norteamericanos y soldados británicos festejan la victoria en Melburne

La Guardia Imperial japonesa rinde homenaje a su Emperador ante el Palacio

En la noche del 9 al 10 de agosto de 1945, en el refugio antiaéreo del palacio del Emperador, se reunía el Consejo Imperial. Las noticias recibidas durante ese día habían helado el ánimo de los presentes. A primeras horas de la mañana se conocía la declaración de guerra de la *Unión Soviética* y la *inmediata invasión* de Manchuria por sus tropas.

A este hecho seguía, nada menos, la segunda explosión atómica, esta vez en Nagasaki. Sólo Hirohito podía tomar la dramática decisión de aceptar las condiciones de la declaración de Potsdam.

### LA DECISIÓN DEL EMPERADOR

Durante la noche se prolongaron las discusiones sobre las posibilidades que quedaban a Japón. Ya de madrugada se puso en pie el Emperador y comunicó al Consejo que finalizar la guerra era el único camino para librar a Japón de tan insoportables sufrimientos. Dicho esto abandonó la reunión.

La decisión del Emperador fue unánimemente aprobada y a las siete de la mañana se cursaba un mensaje a los Gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y China, comunicando que Japón estaba dispuesto a aceptar los términos de rendición aliados, en el entendimiento de que las prerrogativas del Emperador, como soberano, serían aceptadas.

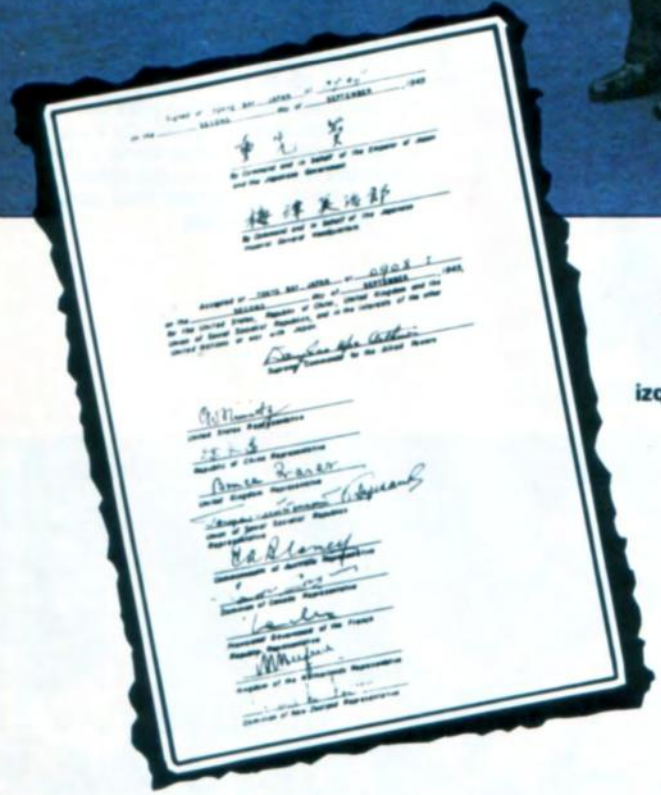
Las repercusiones políticas y estratégicas del mantenimiento en el trono del Emperador ocuparon las discusiones del presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, con sus secretarios, durante los días 10 y 11. El 12 llegó a Japón una nota de cinco puntos que exigía que la autoridad del Emperador quedara sujeta a la del comandante supremo de las fuerzas aliadas desde el momento de la rendición, insistiendo en que las fuerzas de ocupación permanecerían en territorio japonés hasta que se cumplieran los términos de la declaración de Potsdam.

### LUCHAR HASTA LA MUERTE

Mientras, el desorden cundía en todas las unidades de un ejército nipón que se negaba a aceptar la idea de rendición y estaba dispuesto a morir por un Emperador que, por contra, no quería ser culpable de la aniquilación de sus súbditos.

Desde el día 11 se habían suspendido, por parte norteamericana, todas las acciones ofensivas contra Japón. El 14, al no tener respuesta del Gobierno nipón, Truman ordenó nuevos ataques de portaaviones y fortalezas volantes sobre territorio japonés. A las once menos diez de la noche del 14, hora de Japón, Hirohito estampaba su firma sobre un documento histórico: la ratificación de los términos aliados.

El presidente estadounidense recibió la noticia a las cuatro menos diez de la tarde, hora de Washington. A mediodía



**Sobre estas líneas, la delegación japonesa sobre la cubierta del «Missouri». A la izquierda, el documento oficial de la capitulación nipona**

del 15 de agosto, los japoneses oyeron atónitos, por primera vez, a su Emperador, a través de las ondas de la radio. Con voz triste y un poco ronca comunicaba a su pueblo el fin de la guerra: «Os encargamos, leales súbditos, que cumpláis lealmente nuestra voluntad.»

Un día antes, el vicealmirante Halsey había preparado los planes para la ocupación del Japón. Su objetivo no era otro que proceder al control absoluto e inmediato de las instalaciones militares niponas, así como de sus centros de producción bélica.

Tras producirse el cese de hostilidades, el 16 de agosto el Emperador refrendaba la composición de un nuevo Gabinete, presidido por el príncipe Higashikuni, que evidentemente contaba con el beneplácito de las autoridades norteamericanas.

Poco a poco las fuerzas aeronavales estadounidenses fueron alcanzando los objetivos asignados, sin registrarse ningún tipo de enfrentamientos, salvo esporádicas manifestaciones de fanáticos de grupos ultranacionalistas. El día 27, los pilotos del «Yorktown», uno de los símbolos de la US Navy a lo largo de la contienda, aterrizaban orgullosamente en el aeropuerto de Atsugi, a la par que la flota de acorazados fondeaba en Sagami.

Camino de Tokio parten los dos «héroes norteamericanos» del Pacífico: Nimitz y MacArthur. Dos hombres, dos estilos, decisivos en la evolución de la contienda.

## EL GESTO DE MACARTHUR

El 30 de agosto se iniciaban los desembarcos en los alrededores de Tokio. MacArthur, rodeado de su particular corte de admiradores, fotógrafos y periodistas, ponía pie en la capital del Imperio del Sol Naciente con la intención de dejar claras las señas de identidad del futuro que Estados Unidos había diseñado para Japón.

El 27 de septiembre se producía el esperado encuentro entre el «César del Pa-

**Sobre estas líneas, la vuelta a casa de la victoriosa Flota estadounidense, entrando en la bahía neoyorquina del Hudson, con los rascacielos de Manhattan como pórtico de excepción a la bienvenida. A la izquierda y derecha, distintas instantáneas del difícil momento de la derrota final vivido por el pueblo japonés**

cífico» e Hirohito. El Emperador, impecablemente vestido de frac, visitaba en su residencia a un MacArthur en mangas de camisa con su uniforme de faena caqui. Hirohito se ponía a disposición de los aliados para ser juzgado, al considerarse «el único responsable de las acciones de la guerra ejecutadas por los soldados japoneses».

La magnanimidad del Emperador contó con la comprensión de MacArthur, quien, impresionado, escribía en sus Memorias: «Aunque por su nacimiento pertenecía a la estirpe imperial, en aquel momento comprendí que tenía ante mí al primer caballero del Japón por derecho propio.» Juzgar a Hirohito hubiera sido una fatal equivocación, un hecho que el veterano soldado norteamericano sabía de antemano.

El último acto de la tragedia mundial se había rubricado a bordo del acorazado «Missouri» pocas fechas antes, el 2 de septiembre, con la firma del docu-

mento de capitulación por las Delegaciones de las naciones contendientes. (Ver sección «Después de la batalla» del presente fascículo.)

### EL PACÍFICO, LA OTRA GUERRA

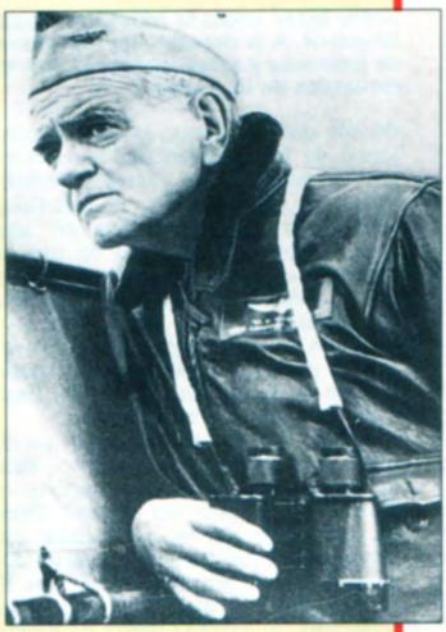
La conflagración mundial desde diciembre de 1941 se había convertido en un colérico animal de dos cabezas. Europa y el Pacífico constituyeron dos escenarios tangenciales por la conexión que dos de las grandes potencias del conflicto, los Estados Unidos y Gran Bretaña, mantenían en ambos teatros de operaciones. Salvo por esa trascendental circunstancia, lo cierto es que podían haber protagonizado dos guerras tan lejanas como diferentes en sus causas y desarrollo.

Washington se echó a sus espaldas en gran medida el desenlace de la guerra europea, pero no podemos olvidar que en sus decisiones siempre influía su «segunda cabeza», las necesidades de sus tropas en el Pacífico.

Respecto a la suerte corrida por los implicados directamente en la lucha en el Lejano Oriente, puede decirse que fue dispar, variable e histórica. El Imperio británico fallecía en Singapur, impotente para frenar el brutal avance japonés de inicios de 1942. Con él entraba en una crisis, que se alargaría hasta la

## Halsey, el comandante del barco de la rendición

**«Acababa de decir "Santo Dios, ¡qué gran día es éste! Hemos luchado mucho, mucho tiempo para llegar a él", cuando Bill Kitchell nos avisó de la llegada a bordo de los emisarios japoneses. Había enviado una señal al destructor que los traía, ordenando que no se les ofreciera café, tabaco ni ninguna otra cortesía, pero se me mandó revocar esta orden.**



**En la chaza de estribor, casi a la sombra de la torre número 2, había una mesa con dos juegos de documentos (en inglés y en japonés). Mac Arthur y Nimitz se situaron tras ella, mientras yo me unía a la formación de oficiales superiores de la Armada.**

**La ceremonia se inició con una corta intervención del general Mac Arthur, maravillosamente compuesta, y que forzosamente hubo de leer. Su voz era clara y firme, pero sus manos temblaban de emoción.**

**Cuando hubo terminado hizo un gesto, señalando hacia una silla situada al otro lado de la mesa, al tiempo que decía secamente: "Que se acerquen ahora, y firmen, los representantes del Gobierno Imperial Japonés y del Estado Mayor Imperial Japonés."**

***ADMIRAL HALSEY'S STORY. William F. Halsey. Whittlesey House. McGraw-Hill Book).***

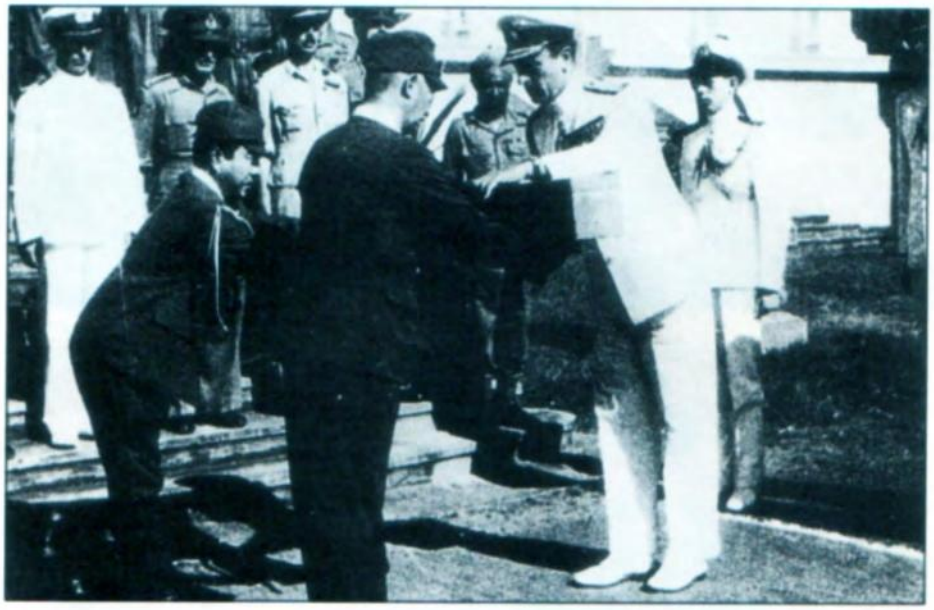
**Sobre estas líneas la rendición nipona de Singapur. A la derecha, un matrimonio de japonesa y estadounidense con los recuerdos de la guerra**

década de los sesenta, la dominación colonial de los Estados occidentales en el sudeste asiático. La guerra mundial significó, en este sentido, el estallido del sentimiento independentista en aquella región. China, desangrada en una lucha contra el invasor nipón que parecía eterna, se debatía asimismo en una terrible contienda civil entre nacionalistas y comunistas. A la postre, los aliados tomaron la decisión de dejar a su suerte el destino de la nación que estaba llamada a ser una potencia en el futuro.

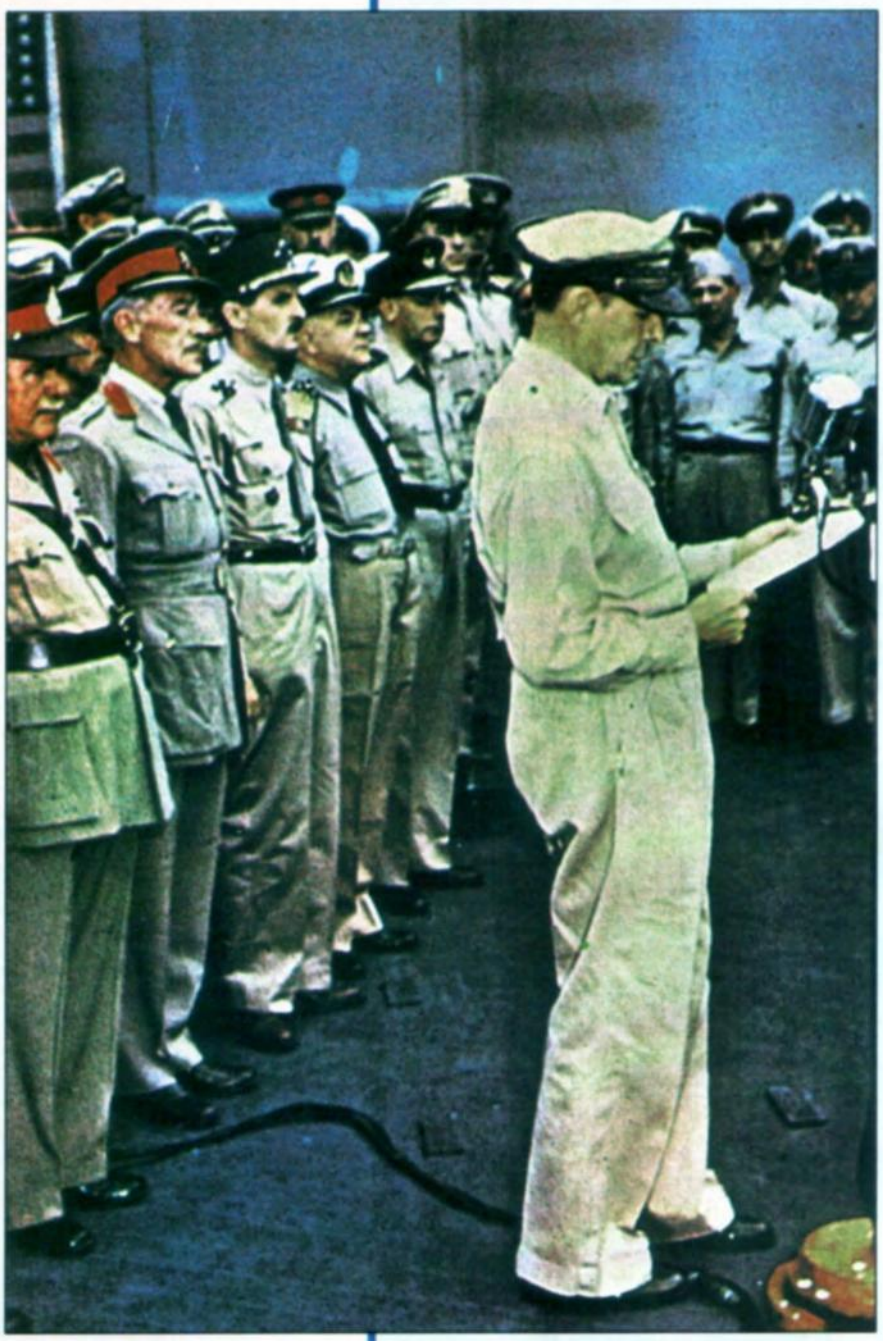
Japón, por su parte, había quemado todas sus naves en el intento, suicida desde sus orígenes, de convertirse en el líder por la fuerza del Lejano Oriente. Su sueño imperial había chocado con los intereses del único enemigo capaz de derrotarla en su propio terreno, los Estados Unidos. Al menos, a diferencia de Alemania, le cabía la honra de mantener su orgullo nacional casi intacto, a pesar de la derrota y de la humillación que supuso la aceptación de la autoridad de MacArthur sobre el Emperador, y que éste rechazara su condición divina. Ahora sólo le quedaba la dolorosa tarea de levantar un país en ruinas, para lo cual contaba con la mejor de las materias primas, la inquebrantable capacidad de trabajo de su pueblo.

Por último, toda la gloria correspondía a Estados Unidos, prácticamente el único vencedor en el Pacífico –junto con la URSS, que pese a haber entrado en esta guerra unos días antes de firmarse la paz, sacó buena tajada territorial de su jugada diplomática–. Washington había vengado con creces la vergüenza nacional que significó el ataque a Pearl Harbour. Consolidaba y ampliaba considerablemente sus posiciones en aquella estratégica área mundial. Y demostraba a quien aún tenía alguna duda al respecto, con su poder nuclear, el alto precio que podía pagarse por enfrentarse a su máquina bélica.

Sólo aparecía un borrón en su impecable balance del conflicto: el elevado coste humano que éste le había supuesto. Pero Vietnam quedaba aún muy lejos...



**Pese a que la victoria aliada en el Pacífico correspondió en suma a todas las naciones que se enfrentaron a Japón, sería Estados Unidos quien protagonizó la lucha y, posteriormente, recogiera todas las honras del vencedor**



El general norteamericano Douglas MacArthur, durante su alocución en la cubierta del «Missouri», ante las delegaciones de todas las naciones contendientes en el escenario del Pacífico

# La plegaria de MacArthur por la paz

En la cubierta del «Missouri», Mac Arthur tomaba la palabra para efectuar la siguiente histórica alocución:

«Estamos aquí reunidos los representantes de los mayores poderes bélicos para concluir un solemne acuerdo por el cual la paz será restaurada. Las divergencias han sido resueltas en los campos de batalla de todo el mundo y ya no es el momento del debate o la discusión.

No estamos aquí, representando a la mayoría de los habitantes de la Tierra, con un espíritu de destrucción o de malicia. Para nosotros, tanto vencedores como vencidos, es un alto honor asumir la promesa para con nuestros pueblos de hacer cumplir lo que vamos a refrendar ahora.

Es mi más sincera esperanza y deseo que gracias a esta ceremonia, un mundo mejor emerja del universo de sangre y violencia del pasado, un mundo basado en el diálogo y el entendimiento, un mundo basado en la dignidad del hombre y en sus más esenciales principios, la libertad, la tolerancia y la justicia.

(...) Recemos por la paz ahora restaurada en el mundo, para que Dios la preserve siempre.»

«Hoy los cañones han callado.»

«Hoy los cañones han callado. Una enorme tragedia ha concluido. Hemos cosechado una gran victoria. Los cielos no llevarán más muertes, los mares sólo albergarán mercantes, los hombres dondequiera que caminen lo harán erguidos a la luz del sol. El mundo entero vive en paz. La misión sagrada se ha cumplido.

Hoy hablo para los miles de labios callados, silenciados para siempre en las junglas y en las playas y en las profundas aguas del Pacífico. Hablo para los anónimos bravos millones de hombres que vuelven a sus hogares para tomar el pulso del futuro, que ellos en gran medida han contribuido a salvar del desastre.

Cuando miro atrás en el largo y tortuoso camino recorrido desde los horribles días de Bataan y Corregidor, cuando el mundo entero vivía aterrorizado, cuando la democracia estaba a la defensiva por doquier, cuando la moderna civilización se estremecía, doy gracias a Dios por habernos dado el valor, el coraje y la fuerza necesaria para alcanzar la victoria.

Hemos conocido la amargura de la derrota y las mieles del triunfo, y de ambas sensaciones aprendimos que no podemos volver atrás. Debemos avanzar para preservar la paz que hemos ganado en la guerra.

(...) El hombre desde el principio de los tiempos ha buscado la paz por medio de los métodos más diversos en todas las épocas, ha tratado de impulsar el proceso internacional tendente a prevenir las disputas entre las naciones. Las alianzas militares, el equilibrio de fuerzas, las Ligas de Naciones, todos los sistemas han fracasado a manos de la guerra.

Hoy la capacidad destructiva de la guerra hace más imperiosa que nunca la búsqueda de una solución. Esta es nuestra última oportunidad. Si no hallamos un sistema más equilibrado, la batalla final estará llamando a nuestra puerta.

El problema es básicamente teológico y requiere un renacimiento de los valores humanos, armonizados con nuestros avances científicos, artísticos y el patrimonio cultural de los dos mil años de historia. Éste debe ser nuestro espíritu si queremos seguir con vida.»

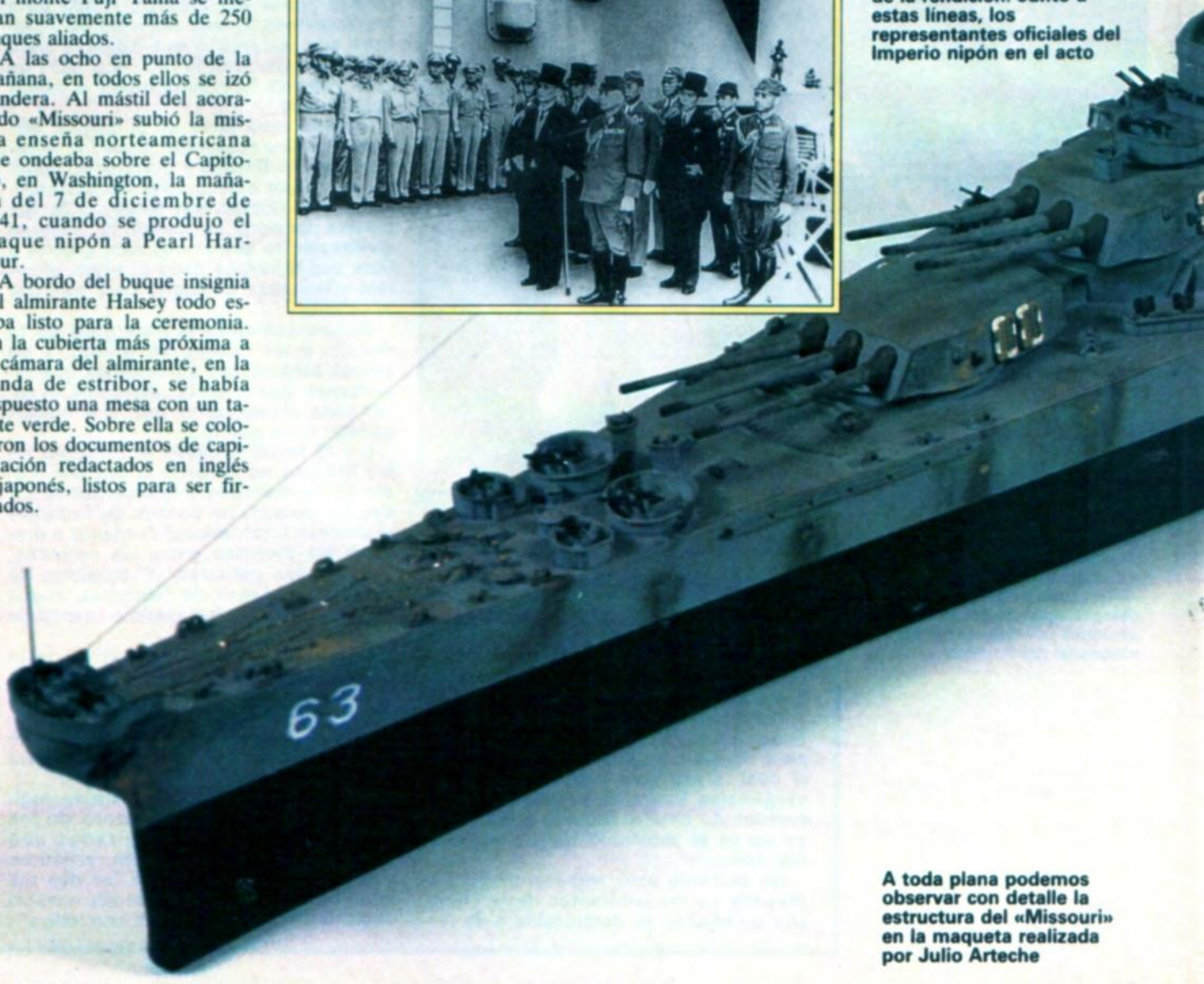
# La rendición en el «Missouri»

El domingo 2 de septiembre de 1945 amaneció algo nuboso en la bahía de Tokio. Al pie del monte Fuji Yama se mecían suavemente más de 250 buques aliados.

A las ocho en punto de la mañana, en todos ellos se izó bandera. Al mástil del acorazado «Missouri» subió la misma enseña norteamericana que ondeaba sobre el Capitolio, en Washington, la mañana del 7 de diciembre de 1941, cuando se produjo el ataque nipón a Pearl Harbour.

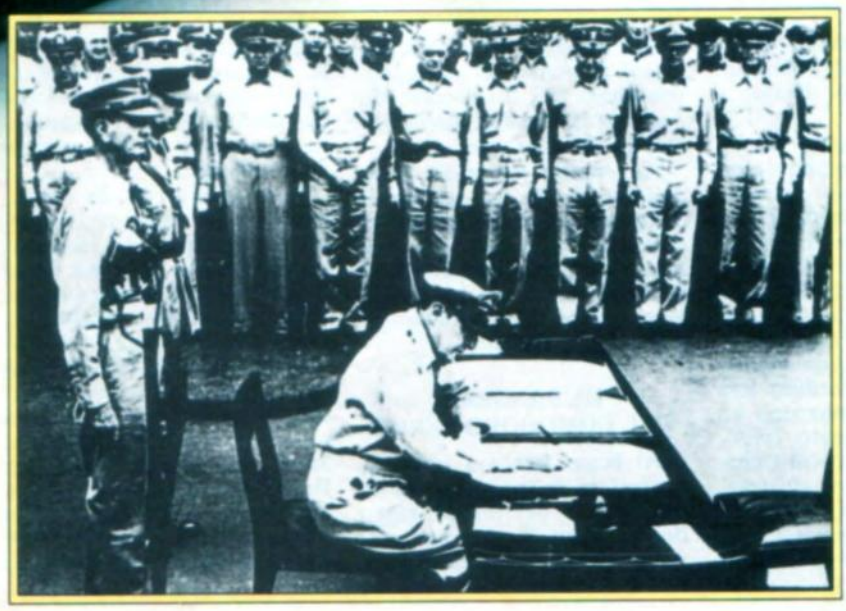
A bordo del buque insignia del almirante Halsey todo estaba listo para la ceremonia. En la cubierta más próxima a la cámara del almirante, en la banda de estribor, se había dispuesto una mesa con un tapete verde. Sobre ella se colocaron los documentos de capitulación redactados en inglés y japonés, listos para ser firmados.

**Arriba, cubierta del acorazado «Missouri», donde se produjo la firma de la rendición. Junto a estas líneas, los representantes oficiales del Imperio nipón en el acto**




**A toda plana podemos observar con detalle la estructura del «Missouri» en la maqueta realizada por Julio Arteche**

# Ceremonia de la paz



**Sobre estas líneas, la firma del representante chino, el general Hsu Yung Chang. Arriba y a la izquierda, la capitulación japonesa y la rúbrica definitiva por parte estadounidense, estampada por el general MacArthur**

**Las credenciales de rendición oficial del emperador Hirohito y sobre ellas, la foto del general MacArthur con el teniente general Wainwright**

Unos minutos después de las ocho, el destructor «Buchanan» se atracó al acorazado por estribor. Por la escäla real subieron los representantes aliados y oficiales de alta graduación. Al saltar a bordo el almirante Nimitz, se izó su insignia en lugar de la de Halsey.

## MACARTHUR, «MAESTRO DE CEREMONIAS»

El general Douglas Mac Arthur, nombrado por el presidente Truman «Comandante Supremo de las Potencias Aliadas» (SCAP) para la rendición y ocupación de Japón, llegó a bordo del destructor «Nicholas» a las nueve menos cuarto. Inmediatamente se dirigió a la cámara del almirante acompañado por Nimitz y Halsey.

Unos minutos antes de las nueve atracó al costado de estribor el destructor «Lansdocone», que traía desde Yokohama a la Delegación japonesa. Con gran dificultad comenzó a subir por la escala el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu. Algunos años antes de estallar la guerra había perdido una pierna en un bombardeo en Shanghai. Su aspecto frágil, enfundado en un oscuro chaqué y cubierto con chistera, resultaba lastimoso, casi patético. Le seguía el general Yoshijiro Umezu, jefe del Estado Mayor del Ejercito de Tierra, y tras él venían otros representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores, de la Armada y del Ejercito.

La seriedad formal en la indumentaria de los japoneses contrastaba con los uniformes caqui, sin chaqueta ni corbata, de los jefes y oficiales norteamericanos y con los pantalones cortos del uniforme colonial de los británicos.

## LA BANDERA DEL COMODORO PERRY

Al llegar frente a la mesa, los rostros de los japoneses no expresaban del menor rasgo de emoción. Todos los presentes quedaron en el más absoluto silencio. Al otro lado se alineaban los representantes de las naciones vencedoras que iban a firmar el documento en nombre de sus respectivos Gobiernos.

A la izquierda de éstos, bajo la torre número 2 de artillería principal del acorazado, dominaba la zona de la ceremonia una bandera de los Estados Unidos. Traída en avión especialmente para este acto desde la Escuela Naval de la Armada estadounidense, era la misma que llevara en una expedición realizada al Japón, en 1854, el comodoro Perry. A la sombra de aquella bandera se firmó entonces el Tratado de Kanawaga, que abrió Japón al comercio con

El «Missouri» fondeado en las aguas de la bahía de Tokio, la última imagen de la contienda mundial

Estados Unidos. Al pie de ella se reunían hoy un numeroso grupo de almirantes y generales veteranos de la campaña del Pacífico para ser testigos de la rendición del Japón.

Cámaras y fotógrafos, más o menos improvisados, ocupaban todos los espacios disponibles desde los que pudiera contemplarse la ceremonia.

Los puestos más inaccesibles estaban ocupados por marineros e infantes de la Flota del Pacífico.

Tras tres o cuatro minutos de espera hizo su aparición MacArthur, seguido por los almirantes Nimitz y Halsey. El general se situó ante el micrófono y abrió la ceremonia. Junto a él estaban el teniente general norteamericano Wain wright, que había rendido las Filipinas a Japón en 1942, y el teniente general británico sir Arthur Percival, que entregó Singapur a los nipones el mismo año. Ambos habían llegado en avión unos días antes procedentes de los campos de concentración japoneses en Manchuria.

## UN MOMENTO ESPECIALMENTE TENSO

MacArthur dirigió unas cortas palabras a los asistentes expresando el propósito del acto y su deseo de paz para toda la Humanidad.

A continuación, con un gesto, invitó a los delegados japoneses a acercarse a la mesa.

Shigemitsu se adelantó cojeando, con sombrero, guantes y bastón entre las manos.

Pareció desconcertado ante los documentos que estaban extendidos sobre el tapete. Fue un momento especialmente tenso.

La voz de MacArthur rompió el silencio con una orden seca a su jefe de Estado Mayor: «Sutherland, muéstrele dónde ha de firmar.» Así se hizo, y Shigemitsu rubricó el documento de capitulación. Eran las nueve y cuatro minutos. Se ponía así fin a una guerra que había durado seis años justos. Tras el ministro *firmó el general Umezu.*

En nombre de las potencias aliadas, MacArthur rubricó la rendición. Luego lo hicieron Nimitz por los Estados Unidos, el general Hsu Yung-Chang por China, el almirante Bruce Fraser por Gran Bretaña, el teniente general Derevyanko por la Unión Soviética, el general Thomas Blamey por Australia, el coronel Moore-Cosgrove por Canadá, el general Jacques Leclerc por Francia, el almirante Helfrich por Holanda y el vicemariscal Iritt por Nueva Zelanda.

Hecho esto, MacArthur elevó su plegaria a Dios para que la paz allí acordada se preservara por siempre. La guerra había terminado...

# Recuerdos y arte de trinchera alemán, 1900-1945

**1.–Arte de trinchera de la I Guerra Mundial:** La Cruz de Hierro decora este florero tallado por un soldado de un hueso de buey.

**2.–Petaca alemana, «Reservistenflasche»:** botellas como ésta, de porcelana rodeada por una lámina de cinc y un cordel en los colores negro, blanco y rojo del Reich alemán, se fabricaron en importantes cantidades entre 1871 y 1914, para venderse a los reclutas como recuerdo de su época de servicio.

**3 a 5.–Las pipas** constituían un recuerdo de los años de servicio, muy popular entre los soldado alemanes. **(3)** Un ejemplo típico realizado para un reservista del Tercer Regimiento de los Dragones de Baden, con guarnición en Karisruhe. El hornillo de la pipa es de porcelanna y tiene una tapa metálica en forma de «Pickelhaube» –el casco puntiagudo alemán–. **(4)** Este ejemplar tiene un hornillo con una base y un borde de plata, con los retratos de los emperadores Guillermo I, Federico III y Guillermo II. **(5)** Pipa con hornillo de espuma de mar, con forma de busto de Guillermo I.

**6 y 7.–Abrecartas** hecho de la correa de transmisión de una granada por un soldado alemán de la I Guerra Mundial.

**8.**–Esta pitillera de plata contiene un marco de foto de cuero bordado y un estuche de cuero para guardar naipes. Lleva una inscripción por la que se puede identificar este objeto como recompensa al fusilero Populoh, en 1903, por su buena puntería.

**9.–Petaca para aguardiente:** Es de loza y tiene forma de granada de artillería. La etiqueta «42er» se refiere a la graduación alcohólica de su contenido. Se trata de un recuerdo patriótico, fabricado para su comercialización al inicio de la I Guerra Mundial.

**10 y 11.–Granadas desactivadas** de 8,5 cm, con detonadores, decoradas por los soldados alemanes de la I Guerra Mundial. **(10)** Granada decorada con escenas de batallas de la campaña de 1916. **(11)** Ejemplar con escenas de la vida de una unidad de Artillería en 1914.

**12.–Un plato** poco frecuente de **porcelana de Meissen** con decoración en azul cobalto, realizado para conmemorar la gran victoria alemana sobre los rusos en Tannenberg, en agosto de 1914.

**13.–Artesanía de un marinero alemán de la II Guerra Mundial:**

modelo de una torre blindada de 279 mm. Es de latón y la base de madera con una cruz de hierro pintada, además de las letras «KM», iniciales de Kriegsmarine, Marina de Guerra.

**14.**–**Pitillera de plata** obsequiada a un oficial alemán durante la II Guerra Mundial. Las firmas de los donantes están grabadas en el exterior.

**15.**–Pequeño **molinillo de café** con mango desmontable. Se trata de una pieza muy frecuente en los equipos de soldados alemanes de la I Guerra Mundial.

**16.**–El busto de un típico militar prusiano da forma a este **cenicero de porcelana** de 1900.

**17.**–**Reloj colonial del imperio alemán.** Es un recuerdo poco frecuente que data de 1905. Las inscripciones de la caja rezan: «El sol no se pondrá en nuestro imperio» y «Nuestro futuro reside en el agua».

**18.**–Esta **tabaquera de cobre** fue realizada por el general alemán Nickelmann durante su cautiverio en un campo de prisioneros en Rusia, durante la II Guerra Mundial.

**19 y 20.**–**Abrecartas de hierro** realizado con astillas de bombas, de la I Guerra Mundial.

**21.**–**Símbolo patriótico**: La mano del mariscal de campo Von Hindenburg con un bastón de mando. Realizado en bronce por St. Cauer en 1915.

**22.**–**Vaso de hierro con medallones dorados de Francisco José I de Austria y Guillermo II de Alemania,** fabricado de 1914 a 1916. La banda metálica, con un facsímil de la firma de Hindenburg debajo, lleva la siguiente inscripción en alemán: «El vaso de hierro, cuando está lleno, es consagrado al trío de hierro, de la época de hierro.»

**23 a 26.**–Junto con las pipas, **las jarras de cerveza decoradas** constituyen uno de los recuerdos favoritos del servicio en el Ejército del Káiser. Estas tres jarras fueron regaladas a reservistas. **(23)** Perteneció a un miembro del Regimiento de Infantería número 111 de Ludwig-Wilhelm III de Baden. Es de porcelana y Btiene una tapa de peltre. Al vaciarla bebiendo puede observarse una escena grabada en su fondo traslúcido. **(24)** Del 5.° Regimiento de Infantería de Baden número 113, Friburgo, 1900-1902. **(25)** El cañón y el artillero de la tapa sugieren su pertenencia a una unidad de Artillería, el 2.° Regimiento de Campaña número 30 de Baden, Rastatt. **(26)** Una jarra de loza del Regimiento de Artillería número 14 de Baden, Karlsruhe. Este tipo de artículo alcanza hoy un precio muy elevado: el coleccionista deberá tener cuidado de no adquirir una copia moderna ofrecida como original.

Salamander Books

T

**Tojo, Hideki**

**Presidente del Gobierno japonés (1884-1948)**

# El dictador nipón

En 1905, una revista francesa, «L'Illustration», publicó la fotografía de un general japonés en una trinchera delante de Mukden, en Manchuria, durante la guerra ruso-japonesa. Fue una fotografía que sorprendió al mundo entero, porque nadie esperaba ver a un general japonés vestido con un traje militar a la europea, con botas altas y gorra de plato, fumando y llevando al cuello, colgados, unos modernísimos prismáticos.

Esta fotografía reveló que Japón poseía un Ejército equipado al día y que en lo sucesivo había que contar con él. Producto de ese nuevo Ejército fue Hideki Tojo, el hombre que como general y como estadista arrastró al Japón a la guerra en el Pacífico tras el ataque a Pearl Harbour.

### AGREGADO MILITAR EN ALEMANIA

Hideki Tojo nació en Tokio el 30 de diciembre de 1884, en una familia bien acomodada. Se formó en la Academia Imperial Militar y se graduó como subteniente. En 1919, cuando tenía ya treinta y cinco años, fue agregado militar a la Embajada del Japón en Alemania. Un año después de terminada la I Guerra Mundial, no era el destino más apropiado para un soldado, ya que el Ejército alemán había sido desmantelado, pero Hideki Tojo aprendió allí muchas cosas relacionadas con su carrera.

En 1928 fue designado comandante-jefe del primer regimiento de Infantería, que en 1936 tomó parte en el motín de la guarnición de Tokio, a partir del 26 de febrero. Fueron aquellos años muy alborotados en Tokio, cuando un Gobierno conservador, marcadamente autoritario, se oponía a los avances de la izquierda y surgían movimientos de carácter prefascista. El regimiento de Tojo actuó en la represión que siguió.

Al año siguiente fue nombrado comandante del cuartel general de la Gendarmería, y poco después fue ascendido a jefe de Estado Mayor del Ejército de Kuangtung. Esta provincia china, perteneciente a Manchuria, la más industrializada del país, fue ocupada por Japón cuando la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. La desocupó al terminarse la II Guerra Mundial.

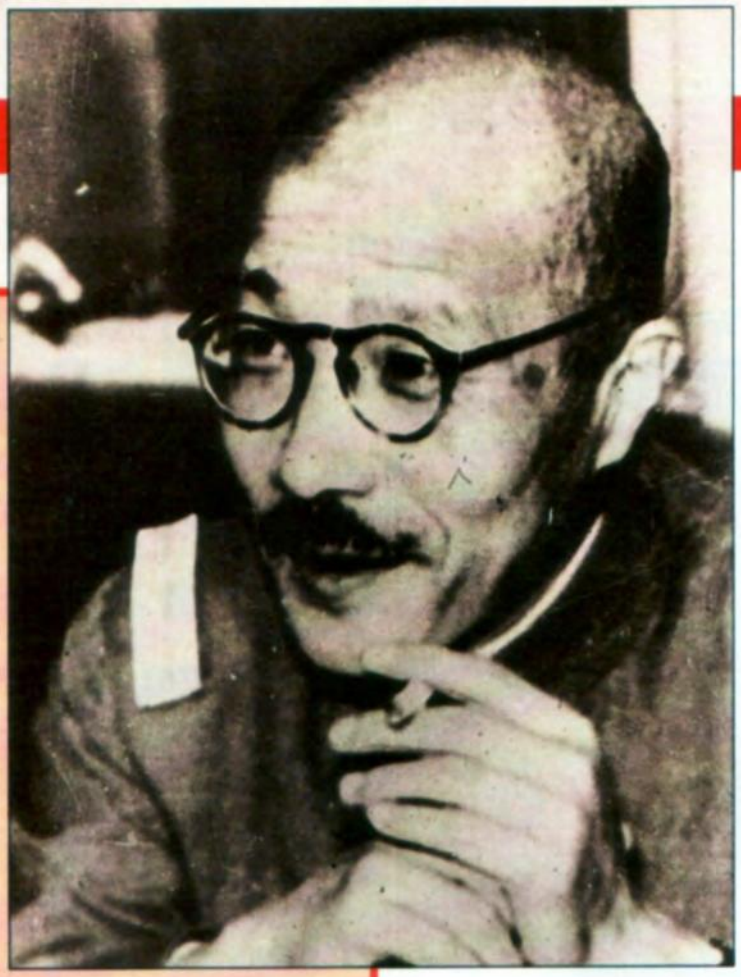
### AL FRENTE DEL GOBIERNO

En julio de 1940, el príncipe Konoye le ofreció la cartera de Guerra en su Gabinete. Fuminaro Konoye, descendiente de una gran familia feudal, era mirado en Occidente como un imperialista, a expensas principalmente de China. Disolvió los partidos políticos, estableció una fuerte autoridad central, fundó el Manchukuo y lanzó lo que él llamó un «nuevo orden para el Este de Asia».

En cambio, no pudo llegar a un acuerdo con los Estados Unidos, y esto se consideró como un imperdonable fracaso. Así, el 16 de octubre de 1941 le sucedió a la cabeza del Gobierno el general Tojo, cuyas primeras declaraciones fueron para incorporar como suyo el «nuevo orden para el Este de Asia» y para identificarse con la política del Eje.

Konoye, terminada la guerra, fue vicepresidente del primer Gobierno nipón de la posguerra, en 1945, pero al ser incluido en la lista de criminales de guerra se suicidó.

**Sobre estas líneas, Tojo durante el juicio en que sería condenado a muerte. A la derecha, el líder nipón hospitalizado tras su intento de suicidio**



Tojo, ya con todo el poder en sus manos, fue quien lanzó el ataque contra Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, «un día que pasará a la historia como el día de la infamia», dijo Roosevelt, y declaró la guerra a los Estados Unidos. Impuso en el país sus poderes totalitarios y asumió además de la jefatura del Gobierno, la del Estado Mayor.

Tojo aceptó los planes de guerra de la Marina, y así, el 25 de diciembre, las fuerzas japonesas tomaron Hong-Kong; Manila, el 2 de enero del 42; Singapur, el 15 de febrero, y Java el 9 de marzo. El tremendo impulso inicial comenzó a debilitarse en la conquista de Birmania. Después comenzaron los repliegues y derrotas: la batalla del Mar del Coral, el 8 de mayo de 1942; la tremenda derrota de Midway, el 5 de junio de 1942; el repliegue a Guadalcanal, en febrero de 1943, y la evacuación de las Aleutianas, en mayo del mismo año.

Tojo había ido acumulando más poderes, creando un Ministerio de Material de Guerra, en 1943, y sustituyendo la asociación fundada por Konoye por otra de asistencia política al Emperador (Yokusanseijikai). Pero cuando las tropas del general MacArthur avanzaron, saltando de isla en isla, y tomaron Saipan, en las Marianas, el 15 de junio de 1944, una base de la que en seguida pudieron despegar las «superfortalezas» B-29 para bombardear Tokio, la máquina de guerra de Tojo empezó a desmoronarse.

Por otro lado, la situación del país era cada día que pasaba más crítica. Faltaba ya de todo; los alimentos fueron racionados hasta límites de mera subsistencia y la edad militar se rebajó a los diecisiete años. El 22 de julio de 1944, Tojo tuvo que dimitir, y las fuerzas de los Estados Unidos completaron la destrucción de los Ejércitos y Armadas japoneses. Cayeron sucesivamente las Filipinas, Iwo Jima y Okinawa. El remate de tanta catástrofe fueron los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

## LAS DERROTAS Y LA DIMISIÓN

Al dimitir, Tojo no había admitido moralmente la derrota de su país. Lo que aconsejó él fue la continuación de la guerra con todas sus consecuencias. Y quizá sin esos bombardeos atómicos las hostilidades se hubiesen prolongado mucho más. Precisamente una de las razones que invocó Truman para ordenar el lanzamiento de las bombas «A» fue la de que la guerra contra el Japón, continuada con medios convencionales, podía costarle la vida a cientos de miles de soldados norteamericanos más.

Al cesar en todos sus cargos, Hideki Tojo se retiró a su casa, con su familia, y apenas se volvió a hablar de él. Pero varios días después de que el general MacArthur y Shigemitsu firmaran la rendición incondicional del Japón, Tojo decidió suicidarse para hacer recaer toda la culpa sobre él y liberar de sospechas al Emperador, no a la manera tradicional haciéndose el haraquiri, sino pegándose un tiro. Pero increíblemente falló, resultando herido grave. Esto no iba a apartarle de su trágico final.

Tojo figuraba en la lista de criminales de guerra que le habían pasado al general Mac Arthur recordándole la declaración de Potsdam de aplicarles con ejemplaridad y máximo rigor la más estricta justicia. La lista incluía a varios centenares de personas, pero la de los más responsables se limitaba a 28, si bien tres de ellos habían fallecido o, en un caso, se habían vuelto locos. Entre éstos figuraba, claro está, Hideki Tojo.

MacArthur no estaba de acuerdo con la filosofía jurídica de los crímenes de guerra. «El principio de tener por criminalmente responsables –escribió– a los líderes políticos de una guerra perdida era para mí repugnante. Creí que hacerlo violaba las más fundamentales reglas de la justicia criminal. Así lo pensé y así lo comuniqué, que toda responsabilidad criminal atribuida a los líderes políticos japoneses por su decisión de hacer la guerra debiera limitarse a un procesamiento por el ataque a Pearl Harbour, puesto que esa acción fue cometida sin previa declaración de guerra, según requieren la ley y el uso internacionales.»

## JUICIO Y EJECUCIÓN

Expuestos estos argumentos, el general MacArthur fue relevado de toda responsabilidad en los juicios que iban a celebrarse y que comenzaron sus actuaciones en Tokio el 3 de mayo de 1946. MacArthur se negó terminantemente a que los fotógrafos de Prensa pudiesen asistir a las ejecuciones de los reos de muerte, alegando que ello podría «ofender a la sensibilidad del pueblo japonés».

Ésta es la razón por la que Hideki Tojo, encontrado culpable de todos los cargos que le hicieron y condenado a la horca, no fue fotografiado en el patíbulo colgando de una cuerda.

Las últimas noches de su vida las pasó escribiendo poesías en su celda, muy en la tradición romántica japonesa. Tenía Tojo en el momento de morir sesenta y dos años, pero se despidió de su esposa con un poema que decía: «Te espero, flor de loto, en la otra orilla.»

Hideki Tojo no tenía nada de líder carismático, ni había sido un general heroico y popular ni un Hitler o un Mussolini. Era, simplemente, un general de Estado Mayor, con una visión política ambiciosa, pero muy regimental. No pareció impresionar a nadie su muerte en la horca ni en torno a él se ha fabricado un mito. Lo que no le perdonaron, de toda la guerra, fue su ataque a Pearl Harbour el día de la infamia.

**Manuel BLANCO TOBÍO**

**Excepcional fotografía de un grupo de marinos norteamericanos haciendo su entrada triunfal en la bahía del Hudson («Life»)**

# De vuelta a casa

La tierra calcinada rezumaba pólvora y miseria. La pesadilla de seis interminables años, sin embargo, no impedía que mágicamente un día más el sol saliera al encuentro del amanecer.

El soldado, acostumbrado a sentir la muerte a su espalda, no acababa de creer que había llegado el momento de rendir las armas. A fuerza de soñar con la paz y de vivir la guerra, ambas realidades habían perdido su significado.

En el hogar le esperaba el mundo imaginado cada noche en la trinchera. Un mundo que entre asalto y asalto se fue haciendo más lejano y extraño. Volver a casa se convirtió así en un trance tan temido como ansiado.

La guerra, con su aplastante crudeza, había fulminado los sentimientos sencillos y cotidianos. Para muchos, la posguerra, con su pesada carga de pobreza, representó la más dura de las batallas.

Todos habían aprendido a apreciar la vida. Jamás olvidarían ya el gesto helado de sus compañeros caídos.

Cincuenta millones de muertos, hombres, mujeres y niños, civiles y militares, era el precio pagado por la Humanidad en su locura. Su recuerdo es aún hoy el mejor homenaje de respeto a la paz.

Editado por PRENSA ESPAÑOLA, S. A., en colaboración con Europa Press Reportajes – D. L. M. 1463-1989